

Comentario a "Los estereotipos"

Deia, 1977-11-19.

He leído el artículo de Miguel Castells Arteché sobre "Los estereotipos".

Estoy sustancialmente conforme con las definiciones que hace: también con sus observaciones acerca de las consecuencias que se derivan del daño que hacen a la verdad. ¿Quién no está de acuerdo en condenar los lastres de hostilidad y hasta de odio con que se cargan algunas palabras? Pero acaso faltó a esta reflexión decir que estas tintas con que se cargan las palabras de intenciones, a veces muy aviesas, no tienen el monopolio de un sólo color.

Aquí, desgraciadamente, todos usamos del clisé.

Uno de los atractivos del clisé o estereotipo es que podemos decir muchas cosas sin tomarnos el trabajo, el tiempo y el esfuerzo de dar una explicación racional, y, además de las puramente ideológicas, nos sirve para ponerle eficazmente las cargas particulares de nuestros prejuicios, nuestros intereses y nuestras revanchas personales.

Y más: a menudo lo utilizamos para proyectar en los demás aquellas faltas nuestras que más nos cuesta reconocer.

Es un problema de psicología personal y de masas unido a otro de semántica: nada sencillo en la práctica ésta es la verdad.

El sentido más neutral de una palabra es el que tiene leída en un diccionario.

Pero en sí, la palabra no deja de ser un recipiente. Hay acepciones que ya llevan las cargas sociales o políticas que han ido adquiriendo en su uso a través de determinadas épocas y medios, y también algunas que adquieren de pronto una voluntad clara de manipulación.

Todos sabemos aquí con cuál funcionaron entre nosotros durante cuarenta años "rojo" y "comunista".

Pero el estereotipo, es "imagen" que decía Walter Lippman que llevamos en nuestra cabeza, funciona en todas direcciones, y se viste de todos los colores, y alcanza en grados desde la intención de hacer de alguien un chiste de mal gusto, hasta el de morderlo en la carne y el alma con odio. Matices entre estos dos extremos: todos. Puede cubrir un ancho campo del querer decir, menos uno: el que ocupa la intención de trabajar, de decir sencillamente la verdad.

Por esto que el estereotipo es fundamentalmente una violencia.

Y esta violencia que hemos denunciado tantas veces venida de los demás, del enemigo de nuestro pueblo, nunca puede conducirnos a los vascos al diálogo interior, a la intercomunicación.

Pero esto (y volviendo al artículo de Miguel Castells Arteché, con quien seguramente coincidí al decir lo que he dicho hasta ahora) creo que al dar él unos ejemplos tan parecidos ha convertido finalmente su trabajo en el estereotipo de una

visión parcial contra los que no son, entre otras cosas, de esa "izquierda abertzale fascista" que cita reclamando y con razón.

Pero también aquí es compleja la verdad.

Y esta complejidad tiene que ser asumida por todos: en estos momentos estoy pensando sobre todo en lo que es nacional, social y político en Euzkadi. Comprender aquí y ahora los riesgos de algunas prácticas de lenguaje que él denuncia me parece elemental en el que escribe. Ahora bien, esta verdad compleja de hoy que nos exige esta gran responsabilidad de prestar oído cauto y crítico a las dos partes, nos concierne a todos los que tenemos acceso a los medios de comunicación, y Castells Arteché se olvida aquí del hecho que también son estereotipos los que están vertiendo en nuestra prensa, a veces la misma prensa abertzale, contra sectores que siendo también abertzales no comulgan con su rueda grande.

Y diré más: creo que es este sector que él calla el que está abusando más del estereotipo.

Ahí están si no, los "bunker", "momia", "fascista", "congresistas vendidos" que arrojan contra vascos que no se merecen esta simplificación, y muchas veces hecha por jóvenes que sin haber tenido ellos mismos tiempo de hacer nada por nadie (y tampoco de equivocarse, claro), disparan así, deslealmente, digo, contra instituciones y personas que han cargado meritoriamente fardos muy pesados durante muchos años muy difíciles en este País.

Aquellos que están, por razones diversas, en posiciones enfrentadas deben tener al menos el respeto civilizado de analizar las conductas en su globalidad, que es como decir en su difícil complejidad, y emitir los juicios en algo más que estas simplificaciones envenenadas.

Sería la forma de hacerles, de paso, un poco de justicia.